

## Un pintor encaramado en un andamio

**Pedro Nel Gómez.**  
*Dibujos, acuarelas, óleos, murales, esculturas*

SYLVIA JULIANA SUÁREZ,  
HELENA WIESNER Y ÁLVARO  
MORALES RÍOS  
Gamma, Bogotá, 2022, 296 pp.

NADIE EN Colombia ha dejado una obra mural tan extensa como el pintor, escultor e ingeniero Pedro Nel Gómez. Según sus propias cuentas, pintó más de 2.000 metros cuadrados de murales, con lo cual, sin discusión, se convertiría en el máximo representante de esa monumental tradición pictórica iniciada en 1921 por los artistas mexicanos, quienes encontraron en las paredes de sus edificios el lugar apropiado para emprender una revolución cultural que haría de su país el faro artístico de América.

Este libro no redescubre a Pedro Nel Gómez en el sentido de otorgarle un lugar meritorio, porque ya es bien sabido su papel protagónico en el arte colombiano. Tampoco es un volumen que pueda describirse como la revisión total y definitiva del artista, al que ya se le han dedicado numerosas investigaciones e inacabables volúmenes. Sin embargo, explorado desde tres perspectivas por autores que ahondan en diversas aristas de su vida y obra, Gómez queda un poco más descifrado para la historiografía del arte colombiano. En aquellas nuevas propuestas radica el aporte del libro.

Álvaro Morales Ríos, director de la Casa Museo Pedro Nel Gómez, presenta el libro haciendo una lúcida reflexión que se sitúa en el mismo museo, ubicado en una vieja casa en el barrio Aranjuez de Medellín, donde el artista pasó la mayor parte de su vida. ¿Cómo es posible que aquella casa en medio de un barrio popular fuera el epicentro de un cúmulo de ideas universales que dejarían una impronta semejante entre los intelectuales y artistas de la región? Pedro Nel tuvo una formación integral complementada no solo con sus viajes por el mundo, sino además con su nutrida lectura de filósofos, novelistas

y teóricos de distintas disciplinas. En una Medellín sin tradición artística, sin museos, sin escuelas de arte y sin viajeros que trajeran noticias de las novedades del mundo, las palabras de Pedro Nel resonaron entre el escaso cenáculo cultural como sermón de cura en una iglesia llena de devotos. Morales Ríos nos lo pinta como un erudito, un humanista que sin duda tenía la autoridad intelectual para convertirse en el pastor de su parroquia, en el líder indiscutible de su tiempo y su ciudad.

En ese momento, justo cuando empezamos a comprender la importancia local del artista, la historiadora del arte Sylvia Juliana Suárez lo ubica como un personaje fundamental de la “modernidad postergada” colombiana, es decir, un protagonista en medio de todas aquellas tensiones de un país en los precarios preámbulos del progreso y la modernidad, donde la mula y el avión convivían sin contradecirse y donde la arquitectura del siglo xx emergió verticalmente en un país de desplazados sin techo. Muchas de aquellas circunstancias quedarán bien descritas en la misma pintura de Gómez desde sus primeros murales en el Palacio Municipal de Medellín, en 1935. Ahora, vistos con la distancia del tiempo, encontramos en sus murales un testimonio valioso no solo de la revolucionaria misión que se le adjudicó a la pintura mural, sino además de la propia visión política del artista y su creencia de que el arte asumía un rol en la historia misma. En palabras de Suárez, Pedro Nel

[...] puso el dedo en la llaga de los problemas de la gobernabilidad más ardorosos a los que se enfrentaban los líderes políticos e intelectuales de la República Liberal, algunos de los cuales quedarían dolorosamente inscritos en la historia de Colombia para siempre. (p. 21)

El pintor interpretó y representó la historia, pero también la predijo, adelantándose a imaginar posibles desenlaces como la Violencia bipartidista.

La revisión de Suárez a Pedro Nel va más allá del artista político: nos lo presenta, en medio del ambiente conservador y machista de la Antioquia de la primera mitad del siglo xx, como un personaje receptivo para

comprender a la mujer ya no como la musa sexualizada, sino como a un individuo político y un motivo histórico en sí mismo, con las mujeres trabajadoras, las recolectoras de café, las maestras, las víctimas, las desplazadas, las violentadas. La autora propone que, en sintonía con los primeros grupos organizados de mujeres que se manifestaron para conquistar la equidad en los derechos civiles, Pedro Nel “hizo eco de esos primeros feminismos en su obra” (p. 9). Al realizar un rápido arqueo a la producción del artista y desmenuzar aquellos motivos y temas, las mismas imágenes le permiten a Suárez reafirmar su tesis y nos deja así una perspectiva fresca que puede ser uno de los principales aportes de este volumen:

De esta manera, el artista antioqueño contribuyó a la gestación de un imaginario crítico sobre la historia de Colombia y sobre su futuro, dentro del cual las mujeres encarnaron ideales afectivos, éticos y políticos en sus cuerpos recios, vigorosos, activos y envueltos en el mundo; allí también se vieron representadas (nos vemos representadas) como colectividad, como sujetos políticos, piedra de toque de la transformación de la república y del mundo contemporáneo. (p. 30)

La historiadora y restauradora Helena Wiesner, estudiosa del arte mural en Colombia, además de adentrarse en los primeros proyectos de Pedro Nel Gómez (en el Palacio Municipal y la Facultad de Minas, ambos en Medellín), les da su valor al reconocerlos como los primeros murales realizados en Colombia bajo la sintonía con el arte mexicano. Wiesner desentraña una idea que hasta ahora no ha sido contestada o resuelta plenamente, sobre las fuentes originales y la formación como muralista de Pedro Nel Gómez, quien no viajó a México sino hasta la década de los cincuenta. Indagando en sus estudios de ingeniero, la historiadora nos presenta a un Pedro Nel alquimista, que experimenta y cocina con los materiales y que, en su doble militancia como químico y artista, resuelve de forma autodidacta la receta milenaria de la pintura al fresco. De la mano de Wiesner, el lector se encarama con el artista antioqueño en las

alturas de los andamios para seguirlo en todo el extenso y aparatoso proceso de creación de sus obras, desde la elaboración técnica y la integración con la arquitectura, hasta la composición de las temáticas en los muros.

Cada una de estas visiones propuestas por los autores está complementada por numerosas imágenes de las obras del artista, que con una magnífica diagramación proporcionan una amable y ligera lectura, en contraste con el peso del voluminoso libro, como si este contuviera las paredes de los 2.000 metros cuadrados pintados por el artista. También el archivo fotográfico y documental proporcionado por la Casa Museo Pedro Nel Gómez se integra al libro en una minuciosa cronología, donde además podemos verlo almorzando con Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros, o pintando encaramado en un andamio. No podemos siquiera pensar que un estudio pueda abordar en su plenitud a un personaje tan complejo y prolífico, pero acá se hace la tarea más completa en ese aspecto.

**Christian Padilla**